



CRITICA MUSICAL

Despedida de Volker Wangenheim

En el Teatro Universidad de Chile el director alemán Volker Wangenheim se despidió de la Orquesta Sinfónica con dos magnas creaciones que sus respectivos autores emprendieron antes de cumplir treinta años, terminándolas mucho después. En homenaje al centenario nacimiento de Gabriela Mistral se escucharon sus tres "Sonetos de la muerte", con la música de Alfonso Letelier, escrita entre 1941 y 1948.

A posteriori, la rigurosa autocritica de Gabriela encontraba "malos" dichos versos, aunque sus admiradores piensen distinto. A nuestro compositor le inspiraron una obra emocionante, cuya entrega —en la función del viernes 21— nos pareció de soberana calidad.

Si consideramos la angustia metafísica, subyacente a numerosas páginas de Letelier, debe haber despertado ecos vibrantes en su alma el profundo tono pasional de esas poesías. Con oído atento a los efectos de timbre, el músico elabora, aquí, un lenguaje expresionista de múl-

tiples reverberaciones. Tras la seductora superficie sentimos mensajes trascendentes, sujetos a un firme propósito estructural.

Junto con obedecer la notación en el pentagrama, Wangenheim intuye los veneros arcanos. Guía, dispone, ordena, da las entradas de los instrumentos y apoya discretamente algún ritmo complejo que Letelier asigna a la cantante.

Poniéndose con cabal disciplina al servicio de la partitura, Miryam Singer cumplió sus difíciles obligaciones —¡de memoria!— con pleno dominio y una voz parejamente redondeada y radiante, que resplandecía sobre el tapiz polifónico de la gran orquesta. Su dicción clara, su magnífica seguridad de entonación contribuyeron mucho al impacto artístico de la obra.

En los terceros finales de estas poesías, la soprano alcanza un dramatismo sobrecogedor. Ojalá nuestra ópera nacional aproveche la emoción con la que Miryam Singer sabe llenar las "venganzas hermo-

sas" y el "negro viento de tempestad".

Fue, en suma, la mejor versión que hemos oído de esa exigente parte vocal. Con Jaime Mansilla de concertino, la Sinfónica universitaria tuvo un desempeño similarmente impecable.

Brahms terminó la composición de su Sinfonía op. 68, en Do menor, recién quince años después de haberla empezado. Wangenheim la plasmó con *tempi* fluctuantes, dinámica de fino matiz y una sonoridad llena de vida. Expresión elocuente irradiaban, en particular, los movimientos pares.

No tan concentrada como en la obra de Letelier, la orquesta estuvo, a veces, algo menos precisa, con molestos errores de dos metales en el sector central de la exposición del primer trozo. Merecidamente, el director hizo partícipes del aplauso final a Jaime Mansilla y los excelentes solistas de vientos.

Federico Heinlein

CRITICA DE MUSICA

Oscar Ohlsen y la Sinfónica

En la Academia Diplomática de Chile: Obras de Haendel, Nobre, Britten, Advis y otros. Oscar Ohlsen, guitarra; Víctor Alarcón, canto. 20 de julio. En el Teatro de la Universidad de Chile: Obras de Letelier y de Brahms. Orquesta Sinfónica de Chile. Director: Wolker Wangenheim. Miryam Singer, soprano (en Letelier). 21 de julio, 1989.

En la Academia Diplomática de Chile se presentó en un concierto el guitarrista Oscar Ohlsen y el tenor Víctor Alarcón.

De la primera parte, destacó la ejecución que Ohlsen efectuó de la obra del padre José Antonio Donostia, *Preludio dolor*, y la del *Preludio Tristón*, del argentino Máximo Pujol.

La segunda parte estuvo dedicada a canciones para guitarra y canto, de la que sobresalieron las versiones del anónimo colonial chileno *Anoche estando*

durmiendo y, especialmente, *El amor*, de Luis Advis, en el que el tenor encontró su mejor momento interpretativo.

Wolker Wangenheim volvió a dirigir a la Orquesta Sinfónica en un programa que se inició con los *Sonetos de la Muerte*, de Alfonso Letelier, cantados por la soprano Miryam Singer.

La cantante demostró encontrarse en un gran momento de su carrera, impresionando por el excelso dominio que posee de su instrumento, con una técnica a toda prueba, a lo que se une su bella voz. Asimismo, la expresividad que demostró en cada una de las maravillosas frases escritas por la Mistral, la proyectan como una intérprete de excelencia.

La versión de Wangenheim de esta obra de espectacular instrumentación —que en muchos sentidos mira hacia el posro-

manticismo mahleriano—, convenció en su entrega, pero se vieron exagerados los volúmenes de las maderas en algunos momentos, como también resultó cansadora la sostenida tendencia al fortísimo que, en repetidas oportunidades, opacó las sutilezas interpretativas que intentó la soprano.

En cambio la *Sinfonía Número 1 en Do menor*, Op. 68 de Johannes Brahms que se escuchó a continuación, resultó absolutamente convincente, con un Jaime Mansilla impecable en sus trozos solísticos y un movimiento final que, pese a no resultar absolutamente catártico en el *Andante*, sí emocionó por la sensibilidad y pureza estilística que se evidenciaron.

PABLO MELENDEZ H.



CRITICA MUSICAL

Páginas Estadounidenses

En el Teatro Universidad de Chile oímos la repetición de un refrescante programa de la Sinfónica bajo la batuta de su director titular Francisco Rettig; refrescante porque exige a la concurrencia una cuota mínima de esfuerzo intelectual. Flotando sobre ritmos de jazz, el oyente se entrega sin dificultad al idioma, hoy ya cosmopolita, de la música popular proveniente de los Estados Unidos.

En la selección figuraban dos compositores norteamericanos, hijos de emigrantes de la Rusia zarista. De Leonard Bernstein, nacido en 1918, escuchamos la obertura del musical «West Side Story». Partitura enérgica, de acres síncopas e instrumentación contundente, no reviste particular interés ni encanto pero da testimonio de un hábil oficio. Rettig y el conjunto universitario la ejecutan con comunicativa vitalidad.

Veinte años mayor que Bernstein, George Gershwin se cuenta entre los pioneros de una fusión del jazz con el lenguaje musical artístico. A los mejores frutos de dicha búsqueda pertenece la ópera «Porgy and Bess» (1935), de la que oímos dos fragmentos vocales, sensitivamente secundados por la Sinfónica y su director.

La soprano Miryam Singer exhibió una voz privilegiada, de material purísimo y timbre cautivador. Con delicado matiz y sutiles inflexiones penetra en el meollo poético-musical, obteniendo resultados sen-

sacionales de proyección emotiva. Es comprensible que el auditorio, subyugado, no repare en su fonética culta del inglés, un tanto reñida con la pronunciación de los negros sureños.

Después de la ternura de estas creaciones de Gershwin, su Concierto en Fa para piano y orquesta, escrito una década antes, se halla en situación desfavorable. Compuesto por encargo del director Walter Damrosch (1862-1950), fue la primera obra que el autor instrumentara personalmente.

Si cumple ese cometido con señalada intuición, no muestra igual talento para elaborar un bien hilvanado discurso sinfónico. Sin desarrollo real de ideas, procede más bien por aditamento de retazos; retazos a menudo desprovistos de continuidad, pero cuya inventiva espontánea transmite una vibración bailable arrebatadora.

A veces, lo abigarrado del procedimiento descrito menoscaba la solidez de estructura de los Allegros que circundan el ambiente soñador del trozo central. Nos pareció que en esta página melancólica se resumen los máximos valores del producto y aquellos de la ejecución por el eficaz pianista Roberto Bravo y la orquesta, guiada con magistral dominio por Rettig, entre cuyos integrantes se distinguieron John Schroeder (trompeta), Alberto Harms (flauta) y el concertino Sergio Prieto.

Federico Heinlein

CRITICA DE MUSICA

Bernstein y Gershwin en el Baquedano

Obras de Bernstein y Gershwin. Orquesta Sinfónica de Chile. Dirección: Francisco Rettig. Con Myriam Singer (soprano) y Roberto Bravo (piano). Teatro Universidad de Chile. 29 de septiembre, 1989.

Bien especial fue el público que asistió a la función del viernes de la Sinfónica, en la que se incluyeron trozos de obras para teatro de Bernstein y Gershwin, además del *Concierto para piano* de este último. Frío, aplaudió al final del primer movimiento del *Concierto*, habló durante la función, salió y entró cuando los músicos ejecutaban. Se entusiasmó solamente con Roberto Bravo.

La obertura de la comedia *Amor sin barreras* de Leonard Bernstein abrió el programa, entregada en una versión muy concentrada pero que llegó con un denotado *sinfonismo*, si se permite el término. El trabajo del director Rettig y de los músicos fue perfecto. Afinación, buen sentido *Gringo-puertorriqueño*, agilidad.

Myriam Singer

En la voz de Myriam Singer disfrutamos con un *Summertime* en una excelente interpretación, bien cantado y en una bellísima voz: de amplio registro, considerable *fiato* y pianísimos eficientes. *My man is death*, en cambio, no apasionó demasiado, aún cuando la cantante nuevamente se lució, porque en la orquesta faltó expresividad, manejo del matiz.

A continuación, con Roberto Bravo como solista, se ejecutó el *Concierto para piano y orquesta en Fa* del mismo compositor de las dos canciones del *Porgy and Bess* que anteceden, George Gershwin. El *Concierto* —escrito un año más tarde que la famosa *Rhapsody in blue*— sonó impecable en las manos del solista, aún cuando su efusividad lo hizo zapatear al usar el pedal desluciendo su actuación. El correcto desempeño de la Orquesta decayó en calidad hacia el *Allegro agitato*, el cual más bien sonó estridente.

PABLO MELENDEZ



CRITICA MUSICAL

Berg y Stravinski

Extraordinariamente fructífera nos pareció la idea del director titular de la Sinfónica, Francisco Rettig, de confrontar en un programa dos corrientes opuestas de la misma etapa histórica: el lujurioso post-romanticismo expresionista del «Wozzeck», de Berg, y la objetividad marmórea del «Edipo Rey», de Stravinski. El experimento —si bien su realización habría merecido un mayor número de ensayos— se llevó a cabo de manera muy exitosa, en el Teatro Universidad de Chile, con la orquesta y las voces masculinas del coro del plantel, amén de cantantes altamente idóneos.

En los tres fragmentos que habitualmente se extraen de la ópera de Alban Berg, escrita entre 1917 y 1921, oímos a la estupenda soprano Miryam Singer. ¿Cómo es que aún no se han aprovechado sus enormes cualidades en nuestra temporada lírica?

Su material hermoso, potente y entonado, de múltiple matiz, está al servicio de una emotividad entrañable. Con disciplina musical controla cada factor del modo más noble, logrando esquivar incluso los peligros del *sprechgesang*, que el compositor emplea en adhesión a su maestro Schoenberg.

En forma ejemplar, la solista chilena encarna a Marie. Después de hacernos vibrar con la heroína

del poeta Buechner, resulta incongruente que, cuando ya la suponemos acuchillada por Wozzeck, se encargue de las voces infantiles en el cuadro concluyente.

Rettig hizo una magnífica labor en el cromatismo y la riqueza, de mil tintes e inflexiones, del aparato orquestal. Cuánto ambiente consiguió en la última escena, y qué sonoridad extrajo de la Sinfónica desde un principio. Recordemos tan sólo las intervenciones de Arnaldo Fuentes (chelo), Sergio Prieto (concertino) y Celso López (viola).

En los años veinte, como reacción contra los desbordes sentimentales de los románticos, se inicia el afán de distanciamiento (Brecht), a la busca de un Nuevo Objetivismo. Exponente de ello es la ópera-oratorio «Edipo Rey» (1926-27), de Cocteau y Stravinski, en latín: lengua —según el compositor— “petrificada, inmune ante cualquier riesgo de vulgarización”. En el apogeo de su período neoclasicista, el músico se vale de dicho idioma estatuario para construir esta partitura, sólida y de vastas proporciones.

La versión de concierto no merece ante el estático y casi inmóvil original. El director y su orquesta volvieron a mostrar un adecuado control de los parámetros, y el coro masculino, adiestrado por el maestro Guido Minoletti, destacó por su

firmeza, resaltando particularmente las voces graves.

Sobresaliente fue el trabajo de los protagonistas. Eduardo Ayas, tenor argentino, cantó el papel titular con todos los atributos necesarios, y la Yocasta de la mezzo chilena Magda Mendoza estuvo eficiente en cualquier registro y admirable por su gran musicalidad.

En roles un poco menos difíciles brillaron el tenor Germán Greene y el bajo Leonardo Palma. Salvo un apresuramiento en la primera función satisfizo el bajo-barítono Patricio Méndez, aunque el doble papel de Creonte y El Mensajero resulte más aceptable en la representación escénica, con trajes y máscaras diferentes.

Con su voz sonora y bien timbrada, el narrador Gerardo Jorquera tuvo un desempeño impresionante. Los autores piden que diga sus palabras sin énfasis, en tono pasivo. Cumplió dicha exigencia solamente en la frase “Y a continuación, el epílogo”.

En ambas obras el director se olvidó, por momentos, de que el equilibrio vocal-instrumental está calculado para un orquesta metida en el foso. Sin embargo, la totalidad de la tarde equivalió a una hazaña gloriosa, por la que merecen felicitaciones Francisco Rettig y las fuerzas a sus órdenes.

Federico Heinlein

LA SEGUNDA
Lunes 4 de Diciembre de 1989

espectáculos

33

La Orquesta Sinfónica ofrece atractivo programa musical contemporáneo



Comenta

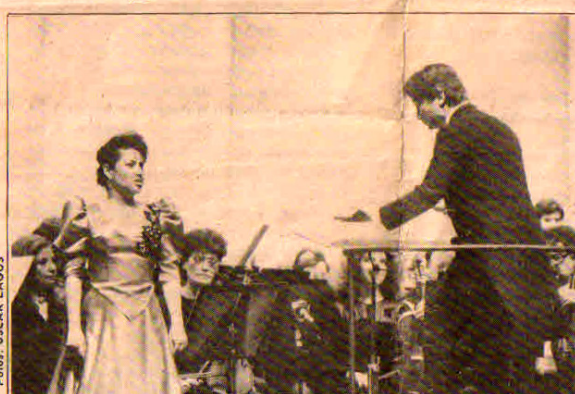
Ítalo Passalacqua C.

Interesante programa el estrenado por la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección de su titular, Francisco Rettig, este fin de semana. Resulta muy positivo tener la posibilidad de vivir, en el Teatro de la U, dos creaciones que fueron mundialmente conocidas en los años 1924 y 1927, respectivamente, como son: Tres fragmentos para voz y orquesta de la ópera "Wozzeck", op. 7, de Alban Berg, y "Oedipus Rex", de Igor Stravinsky.

Planteadas ambas en el campo lírico, "Wozzeck" corresponde a la máxima obra de Berg, con una trama y una partitura que enfrenta al hombre con sus instintos y que muestra la oscuridad psicológica de la época; por su parte, el oratorio "Oedipus Rex" es el intento de Stravinsky de lograr una pieza cantada, donde lo musical sea lo más relevante. Para ello utiliza como base la conocida tragedia de Sófocles, con el libreto de Jean Cocteau. Con un narrador (originalmente en francés) y con arias y pasajes corales con comentarios de lo que va sucediendo, en latín, exhibe pasado y presente, en una mezcla inteligente, que se traslada a lo netamente musical con un ritmo ascendente y marcador.

Gran intérprete

En la versión de los tres fragmentos de "Wozzeck", que escuchamos en esta oportunidad, destacó nitidamente la interpretación de la soprano Miryam Singer, quien con bello color, volumen adecuado y afinación precisa, se entendió perfectamente con la batuta y los músicos de Rettig, haciendo de esta creación contemporánea un deleite. Su labor fue altísima, notándose una concentración absoluta, con meritoria entrega.



Miryam Singer interpreta brillantemente la obra de Alban Berg, bajo la dirección de Francisco Rettig.

La orquesta, por su parte, supo construir correctamente el expresionismo de Berg, con sonoridades claras y un total musical y atractivo.

Voces débiles

En "Oedipus Rex", en cambio,

mientras el coro sinfónico en sus voces masculinas sacaba la tarea en forma, con precisión, los solistas a cargo de Edipo, Yocasta, Creón, el mensajero, Tiresias y el pastor, mostraban un trabajo inmaduro, con notorias debilidades.



La Sinfónica repite este programa mañana en el Teatro de la U, en Plaza Italia.

El tenor argentino Eduardo Ayas, como Edipo, proyectó una voz incómoda en el rol, donde los altos salían con dificultades; la contralto Magda Mendoza, de hermoso timbre, ya no controla su molesto vibrato, lo que ensucia su canto; el barítono Patricio Méndez, Creón y mensajero, ha perdido su volumen, siendo sobrepasado absolutamente por la orquesta; el bajo Leonardo Palma, de parejo desempeño, no da resonancia a su cuerda, y el joven tenor Germán Greene, muy nervioso, traspasó inseguridad. Sin resultar deficiente el desempeño de los nombrados, su participación, obviamente, no fue la ideal.

Si estuvo muy sólido Gerardo Jorquera en su rol de narrador, otorgándole sentido real y oportuno a su misión.

En la dirección general, Francisco Rettig le imprimió el ritmo adecuado a la obra de Stravinsky, conformando, junto a la creación de Berg, un programa contemporáneo diferente, atractivo y abridor de nuevas posibilidades para el melómano o gustador de lo musicalmente selecto.